



ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS

Ricardo Pallares: un mester de cantería

I

El mapa poético que ha trazado Ricardo Pallares a la interna de su propia escritura creativa en esta primera década del siglo, se dibuja en ese dilatado fondo de la actual poesía uruguaya con una nitidez y precisión que, por momentos, asombra. Su primer libro, *El lugar del vuelo* (2002), fue una suerte de obra inaugural, un abrir el grifo iniciático de la edición poética, de la puesta en público de un poemario exigente, abierto y decantado en la experiencia lectora y vital. *Razón de olvido* (2004), su segundo libro, fue una insistencia y búsqueda en la verbocreación, un continuar el camino de exploración interior y, especialmente, de indagación a la interna del lenguaje y de sus posibilidades. La poesía se actualiza en la hermosa alegoría: “Galeón / sin objeto sin sombra / en la navegación de la página / busca un sitio” (RO 68). Con la publicación de su tercer trabajo, *Ceniza del mar* (2007), el poeta confirma su sentido, su lugar en el campo literario uruguayo e instala una voz acabada en él.

Pero con *Amante geología* (2010), libro levemente pétreo, Pallares se precipita, en tanto firma autoral, en la mejor poesía visionaria, crípticamente transparente, que se ha escrito en Uruguay en el último medio siglo.

La trayectoria poética de Pallares no es una mera “evolución” o “ascendencia hacia”; su bagaje cultural y vital, su modo de comprender el mundo y la poesía (y la propia vida, en tanto *ser* y *estar* en el mundo) han devenido en la consolidación de un rezagado de los `60 (nunca un sesentista anacrónico) que se descuelga con una discursividad muy plenificada, muy burilada, cada vez más trabajada en tanto conciencia de que la palabra **es** en función estética cuando se selecciona y combina en la cadena del poema.

Si revisamos el corpus textual de Pallares encontramos que ya en *Ceniza del mar*, hay un gesto minimalizador del lenguaje poético, un decir lo “suficiente”, un cuidado trabajo con el “ritmo de ideas”, pero especialmente con el diseño versal, la distribución acentual, la selección léxica, las recurrencias y lugares isotópicos, el manejo rítmico del negro sobre el blanco, el remate del texto, remate que muchas veces no lo clausura, sino por el contrario, lo deriva en una apertura que genera nuevas hipótesis de interpretación en cada instancia receptiva distinta.

II

Si bien es en este libro recientemente publicado en el que Ricardo Pallares interviene el tópico de la “piedra” (signo polisémico como pocos) de forma tal que recorre prácticamente toda la escritura del poemario, ya sea denotativa o connotativamente, un recorrido por los tres volúmenes anteriores, nos faculta para afirmar que lo pétreo, la piedra en tanto materia que adquiere diversas formas y texturas, y en cuanto motivo que se inunda de sentidos diversos, se configura como una constante textual, como una invariante tematizada desde diversos lugares, casi como una metáfora obsedante, de acuerdo a ciertas tendencias de la psicocrítica.

Por ejemplo, en *El lugar del vuelo* leemos: “Para qué preguntábamos / para qué / qué marca buscábamos qué piedra / qué seña”; y el poema “Auto de fe” dedicado a Marosa di Giorgio, perteneciente al mismo libro, termina con el contundente verso: “Adentro es todo de piedra.” En el poema “Punta del Diablo”, que tiene un acápito de Jorge Arbeleche, el hablante lírico ve cruzar una gaviota y enuncia: “Fue muy breve / sobre rocas inermes / milenarias varadas de silencio”. En tanto que en el poema titulado “Evidencias” y dedicado a Gladys Castelvecchi, apreciamos estos versos aliterados: “pendientes pedregales por verter en el vientre / del aire”, en “Visión de amor” el locutor ve a la amada “casi piedra / casi Dios / calcinado”. Asimismo, *Razón de olvido* contiene varios ejemplos en los que la escritura de Pallares recupera la *tópica geológica*: en el poema “Dolor de manos”, asistimos al golpeteo del ritornello o estribillo: “Dónde quedó / el amor alfarero?”; en “Dura luz de amor”, se lee “y abrasa / luz azul / en piedra y atamor”; en el poema “Imagen mapuche”, escrito en Valparaíso como homenaje a Pablo Neruda, se define con contundencia que el “lugar de la vida es la piedra”.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Siguiendo este itinerario, hallamos en *Ceniza del mar* un poema titulado “Mirando el fondo”, en el que se perfila un eje de significación con los polos luz/ sombra que vertebra el discurso lírico. Allí leemos: “aquí cerca hay guijarros y brillo / por un canto que ha rodado”, y más abajo “una piedra que sabe”. El poema “Regreso” comienza de esta forma: “vuelve a la piedra / y a la risa”.

### III

En *Amante geología*, Pallares ausculta la piedra con esa “gustosa calma de la creación”, así es que surge este “libro para entresueños sin hilar”, en el que reconoce que “adentro de ellas [las piedras] anida el ser insurrecto del mundo”, es decir “un secreto que es siempre interior”. Las piedras son los “signos para el gran hueco de este lado”, para interpretar el secreto, el “ensueño de la sombra que encierra y niega lo que no se nombra”. Por ello es este un libro oracular, sapiencial, de energía espiritual (“el alma nos va de pedrerías / con el duro efecto de todo origen”), un recorrido hacia una suerte de karma ancestral, un libro uterino, un libro del buen amor, de la soledad, del origen y del fin en soledad, que da cuenta de la vocación humana para estar de a dos (amor), para propiciar ese “uno que quiere ser dos”; un libro que brinda la naturaleza oculta del ser (de su presencia) y de las cosas sin desocultarlos, un libro que recupera la condición primigenia de los elementos; y consiste asimismo en un emplazamiento al lenguaje de la poesía desde la poesía, un libro homenaje a la poesía (Marosa, Selva, Arbeleche, Ojeda, etc.), un libro del ver y del mirar, de la contemplación como un dispositivo hermenéutico, un libro que se hunde en una cierta gestualidad alquímica, un libro en clave de un silencio lleno de ruidos, un libro religioso (que religa al enunciante lírico y al lector con la naturaleza dibujada en su dimensión divina), un texto que textualiza la escritura desde el hecho físico: “la tinta”. Por último, un libro que recupera la sagrada unidad del todo / “la abandonada unidad”, un libro sobre el trance en este mundo y el trance de la creación (cordura y locura).

**Gerardo Ciancio**

Investigador Asociado de la A. N. de L.